

hoy escribe

Antonio Alvarez Solís (*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

Solamente mil muertos

Son las pérdidas de una tremenda batalla: algo más de mil muertos en accidentes laborales a lo largo de 1987. Otra cifra estremecedora: en las grandes empresas se accidentan noventa trabajadores cada mil empleados. Accidentes pequeños o grandes, pero accidentes al fin.

Conclusión primera y obvia: se trabaja en unas malas condiciones; más exactamente: en unas condiciones deplorables. Lo grave del asunto es que estas condiciones parecían pertenecer a la prehistoria social del Sistema y, sin embargo, ahí están, vueltas a aflorar con un ímpetu preocupante. La siniestralidad es todavía más irritante si tenemos en cuenta que se produce en el marco de la modernidad. Cabe preguntarse consecuentemente qué clase de modernidad estamos manejando. ¿Una modernidad que empapa al tejido social hasta caracterizarlo de progresista o una modernidad sectorial, de niveles concretos y, lo que es aún peor, excluyentes? Si la modernidad es esto último cabe estigmatizarla, apartarla violentamente de nosotros, ciudadanos del común. Y evidentemente la modernidad ha de ser una modernidad de clase o de área desde el momento en que nos hemos dejado más de mil vidas en el tajo laboral. Vidas que, de seguir defendiendo sus faros a la modernidad presuntamente reinante, son vidas que no interesan, vidas marginales, irrelevantes. Más todavía: vidas cuya muerte parece ser el sabotaje a la limpia imagen de la modernidad. De eso a declarar al pobre culpable —cosa que Reagan ha hecho reiteradamente en Norteamérica mediante sus declaraciones certificando la igualdad real de oportunidades— va un paso leve, apenas nada. Si los pobres son los ciudadanos que no aceptan el desafío para salir de su pobreza podemos convenir asimismo y perfectamente que estos mil muertos constituyen de alguna manera el precio barato que abonar por el progreso los ciudadanos distinguidos. Son muertos ajenos a su propia muerte, muertos instrumentales, muertos estadísticos.

De todas formas y reduciendo el problema a sus términos ciertos, esos mil y pico muertos nos hablan de una situación espan-

tosa: una situación de empobrecimiento del trabajo como dignidad, como seguridad, como bien a ejercer por la ciudadanía. Es obligado reconducir el análisis hacia estos extremos porque si comprobamos que el trabajo ha descendido de dignidad, de seguridad y de calidad en el tipo de empleo habremos abierto una ventana que dé sobre nuestra situación real, al margen de retóricas y de afirmaciones mendaces. Es decir, el manejo de cifras acerca del crecimiento del empleo —caso de que fueran asimismo veraces esas cifras— quedaría invalidado por la pobreza de contenidos morales y socio-económicos de ese empleo. Porque la modernidad no ha de calificarse por un crecimiento de volúmenes sino por una depuración y mejora de la cualidad de las cosas. Modernizarse equivale, o debiera equivaler, a vivir mejor, a establecerse sobre unos niveles más confortables en cuanto al ejercicio de los quehaceres sociales. Para todos.

Lo curioso —dejémoslo en curioso, sin más— es la complacencia con que la oposición admite las cifras gubernamentales acerca del crecimiento del empleo, sin entrar a saco en las circunstancias en que ese empleo es ejercido. El Gobierno maneja esas cifras con tal descoco, con tal constatable desprecio por el presunto riesgo de exhibirlas, que uno llega a la conclusión de que en las zonas del poder —gobierno más oposición— hay una colusión evidente respecto a estas cuestiones. Yo no he visto, hasta estos últimos años, nada tan cínico como los aportes estadísticos de la Administración en lo que afecta a los niveles de empleo. La Administración ha llegado a sentir, sin que estallara el escándalo nacional al menos en el marco de los sindicatos, que merced a la eventualidad, el trabajo temporal o de obra se estaba ampliando el espectro laboral del país y, sobre todo, la cifra global de empleados. O sea, que la Administración ha decidido cancelar su compromiso con la mejora de la vida colectiva y orientar sus esfuerzos a conseguir números globales. Si hay algo escandaloso por su propia definición esto es el llamado empleo en prácticas, ultrajante

corruptela consistente en facilitar mano de obra a precios irrisorios aportando a las empresas, además, unos premios salariales a cargo del Estado.

La situación no es solamente grave por lo que revela de falsificación de los grandes conceptos morales en torno al empleo, sino que además conduce a las masas trabajadoras a una serie de rupturas internas y de enfrentamientos que resultan escandalosos. El trabajador con contrato indefinido pasa a ser, en virtud de la política gubernamental, un trabajador insolidario con la juventud que espera empleo, y la juventud se convierte a su vez en verdugo de los trabajadores veteranos al brindar una fuerza de trabajo mucho más barata y manejable que la fuerza integrada por los veteranos con contrato sólido de trabajo. Poco a poco la estructura laboral se va arruinando en perjuicio de los trabajadores y una serie de condiciones que se creían rebasadas por la historia no sólo reaparecen sino que se convierten en signo de progreso según el criterio gubernamental. Es decir, llamativamente los contratos de trabajo empiezan a revestir de nuevo aquellas características que se habían dado a finales del siglo pasado o principios del presente, pero con una dimensión más dolorosa: la constatación de que los trabajadores no hacen frente, como lo hicieron en su día, con una solidaridad magnífica, a la nueva situación de degradación del empleo. Por el contrario, muchos de esos trabajadores apoyan al Gobierno con sus votos y vienen así a confesar, implícita o incluso explícitamente, que la situación corresponde a la misma sustancia del ordenamiento social. Es decir: no sólo se pierde la batalla sino que se añade a la derrota el escarnio de admitir que la naturaleza de la situación resulta inmodificable por pertenecer a una lógica profunda de la producción. La modernidad logra ahí su mejor victoria.

Yo me pregunto, a la vista de todo lo anterior, si muchos trabajadores, perdida su voluntad revolucionaria, pueden asustarse de esos mil y pico muertos con que hemos cerrado el pasado ejercicio laboral.

(*) Escritor

Mejorar la imagen

Euskadi-ren irudiaz kezkatzen da PNVa. Gu ere bai.

Eta Ardanzak irudi hori «hobetzera» joan da Estatu Batuetara.

Arana-Goiri ere, joan den mendeko azken hamarkadan, maiz arduratu zen Amerikaz. Filipinas-ek eta Cuba-k aurrea hartzen zigutela ikusi zuen, hain zuzen; eta bihotzeko mina ematen zion honen. Cuba-ko borroka latzak, eta beronen ondorioz lortu zuen askatasunak, bizkortu egiten zuen; baina penatu ere bai: «Cuba-tik urrun dabil Euskal Herria».

Cuba-ko abertzaleekiko bere joera ezaguturik, eraso egin zuten Arana-Goiri-tarren etxea 1898an.

Eta 1902ko maiatzaren 25an, Estatu Batuek, formalki bederen, Cuba-ren askatasuna legeztatu zutenean, zori-riak bidali zizkion Arana Goirik Roosevelt lehendakariari telegrama famatu batez: «Nombre Partido Nacionalista Vasco felicito por Independencia Cuba Federación nobilísima que presidió, que supo libertar a la esclavitud». Handik bost egunetara arrestatu egin zuen Sabino espainiar politikari; eta gartzelan egon zen geroztik, oso gaisorik egonda ere, Azaroan epaitu izan arte...

... Eta Ardanzak, bide beretik joaz, eta «para mejorar la imagen» delakoa lortzeko, makila bat erregalatu dio Reagan-i, gure gudariak «terrorista» nazkagarritzat salatatu ditu, eta gu gurtzen izencan Euskal Herria etoritzea proposatu dio!!

Hain zuzen ere, oso ongi hautatu du mementua: Honduras-ko morroitoxoan ondoan, Nikaragua askatua Reagan-ek bonbaku eraso ondoren, Ardanzak zori-riaren egin du gaurko Cuba txiki horren txikiziorarengatik. Bapoi!

Arana-Goirik hitz batez, Arzailus-en arauera, gaizki egin zuen. Cuba askatutaren zapalketa eta bombardaketa eskatu behar zuen; eta Sagastari dotumin-telegrama triste bat bidali... Horrela, bestalde, Madril-eko gobernuaren txaloa bilduko zuen, eta gartzela ez zuen bisatuko...

Baina, zoritxarrez, Euskal Herriak beranduegi sortu ditu Arzallus eta Ardanzakaren tainainako gidari abertzale apartak.

TXILLARDEGI

hemeroteka

A propósito de los 40 años de sociedad civil que nos esperan

Julio Cerón, «El Independiente», 26-3-88)

(...)Y es que nuestros políticos (de izquierda, pero también, por cierto, en la derecha tradicional) no se jalan una rosca. A veces pasa esto, en la historia, que de pronto ve las cosas más claramente gente cuya profesión no es la profesión, átonos y embotados los profesionales de ella. Concreamente: es muy notable observar que hay más calidad de análisis político hoy, y hasta de proposición política, en los periodistas que entre los políticos...

Cinco errores. El primer error, error bestial de la izquierda, fue aquel haberse entregado de pies y manos a la derecha cuando la transición, error del cual dimanaban los demás errores. (Del segundo, que es no haber querido aprovechar la izquierda la emigración del PSOE a la derecha, y el espacio vacante consiguiente, ya he hablado sobradamente).

El tercero —sólo mencionaré los

errores más de bulto— fue cuando el no a la OTAN, verdadero regalo de la historia, mejor diré del pueblo a sus minorías pensantes, rectoras (sic), inexplicable suceso (que únicamente puede explicarse aplicando una falsilla o módulo tan mal visto que no me atrevo a decir cuál es), los siete millones, el casi empate, el éxito pleno y real que fueron los resultados del referéndum y, por ende, el también inexplicable análisis que de los mismos hicieron esas minorías, al verlo y proclamarlo como un fracaso, y desmovilizarse ellas y desmovilizar a los demás. Cuando tenía que haber sido lo contrario. Sobre todo por el contraste de esas cifras y esa oposición activa y viva con la mortecinidad de lo que en la izquierda es orgánico, la enanitez, verbigracia, de los partidos.

El rescate de Revilla

(Antonio Papell, «El Diario Vasco», 25-3-88)

(...)Sin embargo, también es cierto que la familia Revilla tiene un deber complejo que cumplir, que va más allá de la simple salvación del rehén. No hace falta ser un lince para comprender que una coo-

peración de esta familia con el Estado —con el Ministerio del Interior, para entendernos— podría facilitar determinados datos muy valiosos, que, sin poner en riesgo la integridad de Revilla hasta que sea finalmente liberado, podrían, quizá, dificultar el disfrute por ETA del dinero del rescate. No hace falta mayor explicitud en la sugestión.

Asimismo, el hecho de que este secuestro vaya por los cauces que ha emprendido, tiene que producir evidentemente alarma entre quienes pensaban —y buena parte de la sociedad española lo creía— que ETA estaba al borde de la consunción física, tras las últimas acciones poli-

ciales y gracias a la cooperación de Francia. Un secuestro de esta envergadura, con tanta espectacularidad y que puede proporcionar a la organización terrorista tan pingües beneficios, demuestra que ETA mantiene aún una infraestructura muy considerable, tanto en España —donde presumiblemente se encuentra cautivo el secuestrado—, como en Francia, donde, al parecer, se llevan a cabo buena parte de las negociaciones.

Tal evidencia conduce a una conclusión obvia: si la negociación era importante y deseable cuando se pensaba que ETA estaba contra las cuerdas, lo es todavía más cuando

resulta manifiesto que este país no se ha librado, ni mucho menos, de la violencia etarra. Una excesiva rigidez del Estado a este respecto sería, pues, poco razonable. Porque ETA, como movimiento nacionalista con manifiesto respaldo social, todavía no está, ni mucho menos, vencida.

Sea como sea, el desenlace de este secuestro será la piedra de toque del «estado de la cuestión» vasca. Interior, que debe saber la importancia psicológica de este momento, debe haber puesto todos sus efectivos manos a la obra. Sin embargo, la realidad parece ser menos optimista de lo que todos deseá-



Deia